

Alvargonzález Fernández, Manuel: *José María de Torrijos y Uriarte. Más allá del cuadro de Gisbert*. Madrid, Sílex, 2021. 406 pp.

Solo unos pocos privilegiados en la historia merecen una semblanza en profundidad, y el heroico y persistente conspirador contra Fernando VII, José María de Torrijos y Uriarte (1791-1831), es con justicia uno de ellos. La obra, que deriva de la tesis doctoral presentada en la Universidad Autónoma de Madrid en febrero de 2020 por el doctor Manuel Alvargonzález Fernández y que fue dirigida por el profesor Juan Pro, parte del famoso óleo sobre lienzo de Antonio Gisbert, conservado en la pinacoteca del Prado: *Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga* (1888). En él se inmortalizó a uno de los mártires de la causa liberal en España. El libro de Alvargonzález no es el primer acercamiento en profundidad que ha merecido Torrijos; desde el decenio de 1980, la recientemente fallecida Irene Castells publicó varias investigaciones sobre la etapa crepuscular y más célebre del activista liberal. Otro recorrido sobre las insurrecciones en las que se involucró Torrijos fue el emprendido por Francisco Javier Salmerón en 2018. También contribuyó la Asociación Torrijos de 1831 Málaga con un par de monografías de Esteban Alcántara, que atendían a la fase de la Guerra de Independencia y a la trágica expedición de 1831. El mérito de Alvargonzález radica precisamente en explorar las etapas menos conocidas de su trayectoria, dar a conocer su faceta literaria e intelectual y el protagonismo que concede el autor al entorno inmediato de Torrijos. En particular, cabe destacar cómo el autor profundiza en el papel de su esposa, también activa conspiradora, Luisa Sáenz de Viniegra, a la sazón su principal hagiógrafa. Además, fue Sáenz de Viniegra quien consiguió convertirlo en un icono para las culturas políticas del liberalismo y, con el tiempo, del progresismo y del republicanismo. Asimismo, Manuel Alvargonzález se beneficia de dos circunstancias propicias a la hora de afrontar este trabajo. Por una parte, el oportuno centenario del Trienio Liberal que ha venido a traducirse en la celebración de varios encuentros científicos en España y otros países europeos. Por otra, el creciente interés por la biografía como género historiográfico y que en el período fernandino viene recibiendo en los últimos años unas cuantas biografías –la modélica de Fernando VII de Emilio La Parra o la exhaustiva de Rafael del Riego de Víctor Sánchez–. Sumémosle a todo ello una tercera circunstancia: la vocación transnacional que viene impregnando el análisis de este y otros períodos y que se observa nítidamente en varios apartados de esta obra.

Para todo ello, el autor se apoya sólidamente en la consulta de documentos procedentes del Archivo Histórico Nacional, del General de Palacio, del Militar de Segovia o archivos locales de diferentes puntos de la península –Málaga, Madrid, Alicante, Tudela, Cartagena o Murcia–. También contrae una deuda con Castells Oliván al indagar en otros de los archivos empleados por ella en su tesis doctoral de 1981. La monografía se nutre asimismo de la lectura de prensa histórica de España y Gran Bretaña y, sobre todo, de memorias, novelas y panfletos de la época, conservados en la Biblioteca Nacional de España. Hubiera sido de desear que el autor hubiera deta-

llado en la introducción el amplio abanico de fuentes en que se sustenta, así como que hubiera inscrito su trabajo dentro del ámbito analítico de la biografía. Por lo que se refiere a la estructura de la monografía, esta consta de cuatro partes bien diferenciadas y en cierto modo equilibradas. Cada una de ellas parece seguir las etapas en las que se divide el período de la Crisis del Antiguo Régimen en España. Así, el primero comprende la época de Carlos IV hasta el final de la Guerra de Independencia; el segundo, el Sexenio Absolutista; el tercero, el Trienio Liberal, y, por último, la Década Ominosa. Antes que nada, el autor rastrea ese proceso de idealización y recuperación de su figura histórica –también un proceso de reparación–, desde el Estado y desde Málaga, que incumbe no solo a políticos de diferente signo, para bien y para mal, sino también a literatos como José de Espronceda y pintores como Antonio Gisbert.

Comenzando por la primera de las partes, el autor se interesa por la presencia de los Torrijos en la Corte de Carlos IV y el ascenso fulgurante en el escalafón militar de José María durante la Guerra de Independencia. Hay un contraste singular desde la perspectiva del ascenso social que Alvargonzález pone de relieve a través de Torrijos y con los que abre y cierra esta etapa. Se trata de cómo en la génesis del Estado Liberal fueron abriéndose paso valores como la *meritocracia* y la glorificación en detrimento de otros como la importancia del linaje, que siguieron siendo determinantes. La infancia, formación académica esmerada en el Seminario de Nobles y primeros años de la andadura de Torrijos resultan a priori difíciles de esclarecer y el autor sustenta sus atinadas hipótesis al respecto en documentación procedente del período de los levantamientos. Asimismo, se adentra en la genealogía de los Torrijos y en sus servicios a la Corona, que se verán interrumpidos y perjudicados en la época fernandina en represalia a las actividades subversivas del biografiado. Sorprende igualmente la sugerencia, prudente en todo caso, que apunta el historiador de que las simpatías hacia el liberalismo por parte de Torrijos no fuesen tan entusiastas como lo fueron poco tiempo después.

Con el golpe de estado de Fernando VII, que supuso la restauración en toda regla del absolutismo, Torrijos fue premiado con toda clase de condecoraciones, ascensos y destinos más atractivos que los de hacer frente a las independencias en la América española. De esta forma, se inicia la segunda parte de la biografía en la cual el autor traza los paralelismos y diferencias entre Torrijos y los principales conspiradores del sexenio absolutista, así como sus principales móviles. Alvargonzález se decanta por asemejarlo con Rafael del Riego. Parece que el fracaso del pronunciamiento de Porlier impulsó decididamente el abrazo de Torrijos con la causa liberal, impulsando en el litoral sureste español, junto al ubicuo Juan Van Halen, una activa sociedad secreta perfectamente conectada con otros núcleos de Levante; articulando la infructuosa conspiración de 1817 al tiempo que ayudaban a difundir el ideario. Una suma de traiciones y delaciones apartaron a Torrijos y Van Halen, quienes no renunciaron a sus cometidos antiabsolutistas entre rejas. Esta parte se culmina poniéndose en cuestión la versión liberal que brindaba una aureola de respetabilidad a una revolución entendida como mansa. A través del caso murciano, donde se sumaron otra clase de ingredientes como bien fueron las carestías y la elevación de las cargas impositivas, fue posible la reinstauración del constitucionalismo.

A continuación, se desentrañan los cometidos político-militares de Torrijos durante el Trienio: primeramente, velando por el orden público y favoreciendo la politización popular en Madrid; en segundo término, haciendo frente a los realistas en

la guerra civil que aconteció en Cataluña y Navarra; y, finalmente, siendo postulado como secretario del Despacho de Guerra dentro del gobierno *non-nato* de Flórez Estrada y defendiendo inútilmente los últimos bastiones del liberalismo contra los Cien Mil Hijos de San Luis. En este período sobresale su compromiso con los exaltados y su abierta oposición a los moderados, a quienes alineaba con los contrarrevolucionarios. Si bien se adscribe al biografiado a una de las asociaciones políticas extraparlamentarias –*comuneros* y *anilleros*–, que se originaron en torno a las dos interpretaciones sobre la Constitución de Cádiz, no es menos cierto que también estuvo vinculado a la sociedad de los Carbonarios. Se subraya que Torrijos hizo cuanto pudo para limar las asperezas entre moderados y exaltados en momentos tensos, que aprovechó en su beneficio el pérfido monarca y que coadyuvaron a la proyección internacional positiva del régimen.

En la cuarta, y más extensa y compleja, parte del libro el autor recupera las inquietudes intelectuales de Torrijos que ya en su estancia carcelaria había cultivado. Cautivado por el genio militar del Gran Corso –que no lo era tanto– y su providencialismo, Torrijos se dispone a traducir los memoriales de Bonaparte en un fecundo contexto editorial. A juicio de Alvargonzález, la biografía que Torrijos dedicó a Napoleón es un texto político fundamental. Se establecen paralelismos coincidentes entre varios acontecimientos de la trayectoria de Bonaparte y los de Torrijos. Es una etapa caracterizada por el retraimiento en lo que a actividades conspirativas se refiere, pese a que se recuperarán a partir de 1827 y culminarán en la trágica expedición de 1831 y la búsqueda de la unificación ibérica en manos del Emperador del Brasil. Una de las partes más logradas del texto es el análisis de la atracción (y posterior decepción) de los jóvenes y aventureros estudiantes que integraron los Apóstoles de Cambridge hacia el militar español en su exilio británico.

En definitiva, y pese a que se echa en falta un epílogo en el que habría tenido su pleno significado la posterior recuperación de la memoria de Torrijos abordada en la introducción, esta semblanza es un trabajo desmitificador y necesario y que se sirve de distintos enfoques metodológicos: construcción de liderazgos, historia de los conceptos, historia de las mujeres, sociabilidades o culturas políticas. A la vez, está pensado para el consumo del gran público y no solo el especializado. Trabajos como el de Manuel Alvargonzález demuestran cuán vital es la mirada de los historiadores hacia nuestro todavía desatendido siglo XIX.

José Luis Agudín Menéndez
Universidad de Oviedo
jlagudin@hotmail.com